

**MEDITANDO EL SANTO ROSARIO**  
**MISTERIOS DOLOROSOS**

**Jorge Sáez Criado**

© Jorge Sáez Criado

Diseño de cubierta: Sáez Fernández Fotografía

Fotografía de cubierta: Sáez Fernández Fotografía

ISBN: 978-1981020614

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# ÍNDICE

PRÓLOGO.....	7
PRIMER MISTERIO: LA ORACIÓN DE JESÚS EN EL HUERTO.....	9
Mi alma está triste hasta la muerte.....	9
No se haga como yo quiero.....	10
Velad y orad para no caer en la tentación.....	13
Hágase tu voluntad.....	14
Los encontré dormidos.....	16
¡Levantaos, vamos!.....	18
Amigo.....	19
Contemplación.....	20
SEGUNDO MISTERIO: LA FLAGELACIÓN DE JESÚS ATADO A LA COLUMNA.....	23
El látigo romano.....	23
La flagelación.....	24
El Siervo.....	25
Un momento de compasión.....	27
Contemplación.....	28
TERCER MISTERIO: LA CORONACIÓN DE ESPINAS.....	31
La coronación del Rey.....	31
Ecce homo.....	34
No tenemos más rey que al César.....	35
Pilato se lava las manos.....	36
¿Y María?.....	37
Contemplación.....	39
CUARTO MISTERIO: JESÚS CON LA CRUZ A CUESTAS.....	43
Jesús carga con la cruz.....	43

Jesús cae.....	44
¡Mamá!.....	46
Un cierto Simón de Cirene.....	48
Verónica.....	50
No lloréis por mí.....	52
Contemplación.....	53
QUINTO MISTERIO: LA CRUCIFIXIÓN Y MUERTE DE	
JESÚS.....	59
Varón de dolores.....	59
Entre dos ladrones.....	61
Rey de los judíos.....	63
Se repartieron sus vestiduras.....	65
Padre, perdónalos.....	66
Ahí tienes a tu madre.....	68
Un santo canonizado por Cristo.....	69
¿Por qué me has abandonado?.....	71
Tengo sed.....	72
A tus manos encomiendo mi espíritu.....	73
Verdaderamente era Hijo de Dios.....	75
Sangre y agua.....	76
El dolor de una madre.....	77
Silencio.....	78
Contemplación.....	79
AGRADECIMIENTOS.....	85
EL AUTOR.....	87

## PRÓLOGO

Con los misterios dolorosos del Santo Rosario entramos de lleno en el misterio de la Pasión de Jesucristo. En la institución de la Eucaristía, preludio de la Pasión, cuando Jesús va a lavar los pies a sus discípulos, nos dice el evangelista que *«habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo»* (Jn 13, 1). Toda la Última Cena es un episodio de amor extremo que tiene su culminación en la Pasión, cuando Jesús nos muestra hasta qué punto llega el amor de Dios por cada uno de nosotros.

Cuando Jesús, el Hijo de Dios, asume en sí mismo el peso del pecado, sus consecuencias, asume en sí la muerte que es el salario de nuestros pecados (cf. Rm 6, 23). Asume el pago por nuestra deuda.

En la Pasión podemos entender lo que es buscar y cumplir la voluntad de Dios, cueste lo que cueste. No solo por parte de Jesús, sino también de la Virgen, que se enfrenta a lo más duro, lo más difícil que le puede ocurrir a una madre: la muerte de su hijo. Ella sabe que es algo que tiene que pasar. Que es la voluntad de Dios. Pero eso no lo hace más fácil. Menos aún sabiendo que, con solo desearlo, Jesús se podría liberar de quienes le apresan.

Pero su único deseo es cumplir la voluntad del Padre. Sellar con su sangre la nueva alianza.

Jesús sufre física y psicológicamente un escarnio brutal. Desde el momento de la oración en el Huerto, en el que, además, se encuentra con la huida de sus discípulos, de aquellos que decían que le acompañarían hasta el final. A partir de ese momento se queda solo con quienes le odian. Expuesto a golpes, salivazos, desprecio, odio, el abandono de sus amigos... y, por fin, la muerte con la única compañía de su Madre y del discípulo amado, san Juan. Rodeado de ladrones, con sus enemigos insultándole mientras su respiración se hace cada vez más dolorosa, más difícil. Hasta que muere.

Enemigos entre los que nos podríamos contar tú y yo cada vez que le negamos, cada vez que nos apartamos de Él, cada vez que preferimos el pecado. Cada vez que somos más un antitestimonio que un testimonio.

En este librito, igual que en los anteriores, para cada misterio te propongo unas reflexiones y, al final, un momento de contemplación para ayudarte a penetrar en su interior, para vivirlo, para acompañar a Jesús en su sufrimiento.

Me gustaría que estas pequeñas meditaciones y contemplaciones te ayudaran a introducirte en el misterio de la redención y te sirvieran de apoyo a la hora de rezar el Rosario, esta gran oración resumen de toda la vida del Señor. Dios lo quiera.

## **PRIMER MISTERIO: LA ORACIÓN DE JESÚS EN EL HUERTO**

*«Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú.» (Mt 26, 39)*

En este primer misterio doloroso nos encontramos con la imagen de un Jesús tremendamente vulnerable, que no duda en suplicar al Padre que no tenga que pasar por su Pasión. Sin embargo, también encontramos al mismo Jesús por completo abierto a la voluntad del Padre hasta el punto de que no discute ni da razonamientos. Tan solo acata su voluntad.

### ***Mi alma está triste hasta la muerte***

Tras la Última Cena, Jesús sale con los discípulos a rezar al huerto llamado Getsemaní. Ha pasado ya el momento de disfrutar de la cena con ellos y la sombra de la Pasión se cierne sobre su corazón. Porque Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre y, como hombre, no es inmune al sufrimiento.

Deja al grueso de los discípulos en una parte del Huerto diciéndoles tan solo que se queden allí sentados mientras va a orar (cf. Mt 26, 36). Para ser testi-

gos de lo siguiente que va a ocurrir solo se lleva a los pilares de la Iglesia: Pedro, Santiago y Juan. Los más cercanos a Él. Los que mejor le conocían y quizá mejor podrían interiorizar lo que están a punto de vivir.

En un momento dado, Jesús les hace una revelación que estoy seguro de que les impactó: «*Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo*» (Mt 26, 38).

Triste hasta la muerte. No me puedo imaginar el abismo de tristeza que Jesús estaría sintiendo en ese momento. ¿Por qué estaba triste? Parece una pregunta tonta, bien sabía Él lo que iba a pasar dentro de poco. La traición de Judas, el escarnio público, el sufrimiento, la muerte... No es poco motivo para la tristeza y el miedo. Pero pienso que había más. No hablaba en ese momento de miedo, sino de tristeza. ¿Quizá estaba pensando en mí o en ti? ¿En nuestras numerosas traiciones? ¿En nuestros pecados? ¿En nuestra incompreensión? ¿En que, a pesar de su sacrificio, todavía habría tantas y tantas personas que le darían la espalda o no querrían saber nada de Él?

En esa situación, le pide a sus amigos que le acompañen. Sí, a una pequeña distancia para que Él pueda orar al Padre tranquilo, pero con sus amigos detrás, velando junto a Él. ¿Quién no querría, ante algo así, tener a sus amigos cerca?

### ***No se haga como yo quiero***

Jesús nos da otra gran lección. A veces parece que ser cristiano implica tener que estar todo el día

dando saltos de alegría. Bueno, pues aquí vemos a Jesús triste hasta la muerte. Los cristianos somos humanos y también podemos estar tristes en algunos momentos. Lo que no podemos es quedarnos instalados en la tristeza. Decía mi director espiritual que los cristianos no tenemos derecho a desanimarnos. Para san Ignacio de Loyola, si el Papa suprimía la Compañía de Jesús le bastaría con un cuarto de hora ante el Santísimo para que se le pasara la pena. Jesús nos da el modo de actuar ante estas tristezas: va a rezar. Va a encontrarse con el Padre, a poner sus problemas y dificultades en sus manos amorosas. Y lo hace con confianza, como el Hijo seguro de que el Padre le escucha. Diciéndole con dolorosa claridad lo que le gustaría: «*que pase de mí este cáliz*» (Mt 26, 39).

Esta es la parte que se nos da de perlas en la oración: pedir. Pedimos, pedimos y pedimos. Creemos que, al pedir cosas a Dios, demostramos nuestra fe en Él.

No es así. Al menos, no del todo.

Lo que demuestra nuestra fe y lo que de verdad nos puede ayudar a vivir en las dificultades cotidianas con paz de espíritu es la otra parte del versículo: «*Pe-ro no se haga como yo quiero, sino como quieres tú*». Esa es la parte que falta muchas veces en nuestra oración, si no casi todas las veces. Aceptar la voluntad de Dios, sea la que sea. Pretendemos forzar las cosas a base de pedir a Dios, pero Él sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Está bien pedir, siempre y cuando la oración termine, de forma implícita o explícita, con ese: «*que se haga tu voluntad*».

«Y se le apareció un ángel del cielo, que lo confortaba» (Lc 22, 43). Dios no deja solo a quien le busca, a quien cumple su voluntad. Aunque Jesús iba a beber el cáliz más amargo, en la oración obtenía algo de consuelo.

También nos dice Lucas que «En medio de su angustia, oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre» (Lc 22, 44). Jesús no era alguien inmutable, ajeno al sufrimiento. Hay veces que de la definición de Jesucristo como verdadero Dios y verdadero hombre se nos olvida alguna de esas dos partes. Jesús, como verdadero hombre, sufrió. Estaba angustiado. No sé tú, pero yo sí que puedo decir que sé lo que es rezar con angustia. Aferrarte a la oración, intentar que llegue ese momento de iluminación, ese consuelo, esa explicación de lo que te está destrozando por dentro. Saber que el Padre te escucha, y aun así insistir, e insistir, e insistir... Jesús se sumergió en la oración, en la relación con el Padre. Cuando un niño sufre, ¿con quién va? Con sus padres. Lógico. Jesús se sabe Hijo del Padre, y a Él acude.

Pero siempre con el «que se haga tu voluntad».

Su angustia era tal (ya que sabía lo que iba a ocurrirle dentro de poco) que sudaba sangre.

Piénsalo bien.

Jesús nos redimió mediante su sangre. Y esa misma sangre empezó a caer ya en el monte de los Olivos. ¿Qué terrible sufrimiento le esperaba para que incluso antes de vivirlo ya le arrancara sangre?

Ese es el peso del pecado de la humanidad.

Ese es el peso de tu pecado. Y del mío.

## ***Velad y orad para no caer en la tentación***

A continuación, Jesús vuelve a donde había dejado a los apóstoles que van a ser como las columnas de la Iglesia. Sus amigos más cercanos, a los que había pedido que rezaran con Él.

Están dormidos (cf. Mt 26, 40).

¿Cuántas veces te has «dormido» ante lo que te pedía el Señor? ¿Cuántas veces te has hecho el remolón, has puesto excusas, has preferido hacer como que no sabías lo que tenías que hacer?

Somos débiles. Es algo que va en nuestra naturaleza humana. Pero no hay que preocuparse: Dios lo sabe. Lo que nos pide es que perseveremos. Que no usemos tampoco nuestra debilidad como excusa. Porque con Él, lo podemos todo.

Seguro que ni Pedro, ni Juan, ni Santiago querían dormirse. Estoy convencido de que querían haber estado con los ojos abiertos como búhos, orando junto al Maestro. Sin embargo, se durmieron. Como más tarde diría san Pablo, «*no entiendo mi comportamiento, pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco*» (Rm 7,15).

Jesús es consciente de nuestra debilidad y nos da la forma de afrontarla: «*Velad y orad para no caer en la tentación, pues el espíritu está pronto, pero la carne es débil*» (Mt 26, 41). Sí, el espíritu está pronto. Cuando conocemos la verdad, nos queremos lanzar a por ella, sumergirnos en ella. Si nos planteamos algo que nos parece bueno, incluso heroico, deseamos hacerlo.

Durante un rato, al menos.

Luego... Bueno, es que hay mucho que hacer. Es que resulta incómodo, tendría que renunciar a tal o cual cosa. Es que a lo mejor no es tan bueno o a lo mejor dicen algo malo de mí. Es que esto otro es más placentero.

Es que somos débiles. Muy débiles. Y, si nos despistamos un momento, la tentación nos arrolla.

Por eso hay que velar. Hay que estar muy atento y no dejarse engañar. Y, además, hay que orar incansablemente. «No nos dejes caer en la tentación». No es casualidad que sea una petición de la única oración que Jesús nos dejó.

### ***Hágase tu voluntad***

Una vez más, Jesús vuelve a orar al Padre. Sigue triste. Sigue sufriendo. Pero también sigue poniendo por delante la voluntad del Padre.

«Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, *hágase tu voluntad*» (Mt 26, 42). De nuevo nos encontramos una cierta referencia al Padre-nuestro: «hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo».

Es bueno fijarse detenidamente en cada una de las partes del Padrenuestro. De hecho, hay una forma de orar que describe san Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales, que consiste en ir desgranando poco a poco una oración e ir reflexionando sobre cada parte, para pasar a la siguiente solo cuando ya no nos inspire nada más aquella en la que estamos. De esta

forma, rezar un Padrenuestro puede durar una hora, pero es una hora muy bien aprovechada. La petición de la que estamos hablando busca que todos seamos dóciles a Dios. Tal como Jesús lo fue, incluso en los momentos más duros de su Pasión. No se trata de algo más o menos genérico, ya que el mundo solo puede cambiar si cambiamos quienes lo formamos. Solo se hará su voluntad en la tierra si la hacemos nosotros libremente. Dios no nos obliga a actuar según su voluntad, eso violaría la libertad que Él mismo nos dio.

Si no buscas cumplir la voluntad de Dios no puedes llamarte cristiano. No tendría ningún sentido, ¿verdad?

Algo que me llama mucho la atención de este pasaje es la primera parte, la que hace referencia al cáliz. Parece como si dijera «si esa es la única manera de salvarlos, que sea así». El Padre no le evitó ese cáliz, lo que indica que esa era la forma en la que tenía que ocurrir la Redención. Un auténtico misterio de amor y de la pedagogía que Dios utiliza con el ser humano, ya que muestra con terrible claridad el precio del pecado. «*La paga del pecado es la muerte*» (Rm 6, 23). Si a lo mejor no entendemos a la primera a lo que se refiere la muerte espiritual del pecado mortal (y la muerte física, que entró en el mundo por el pecado), en la Pasión de Cristo, en ese cáliz que tenía que beber, lo podemos ver de forma muy gráfica. Porque salimos muy caros.

Tu salvación salió muy cara. El precio fue la sangre de Cristo, su sufrimiento, su muerte en la cruz.

## *Los encontró dormidos*

Jesús vuelve junto a sus apóstoles y se los encuentra dormidos de nuevo. Pero esta vez no los despierta. No les dice nada y regresa a donde estaba orando para continuar.

Está solo. Sus amigos no rezan junto a Él. En un momento en el que está angustiado, destrozado por lo que sabe que tiene que llegar en breve, aquellos a los que había elegido para que lo siguieran y para llamarlos amigos están durmiendo. Algo que solo puede añadir un sufrimiento extra a lo que ya está pasando el Señor.

¿Cuántas veces nos dormimos ante el dolor del prójimo? Ya no solo ante el de aquellos a los que no conocemos, sino incluso ante el de familiares y amigos. No pocas veces preferimos ignorarlo. «A mí que no me cuenten sus penas», una frase por desgracia muy utilizada. Tendemos a cerrarnos en nuestro yo, a preocuparnos tan solo de lo que nos afecta de forma directa. Y los demás, que se apañen como puedan.

Piensa otra vez en esta escena: mientras Jesús está sufriendo porque ve llegar lo que va a hacer para salvar, entre otros, a los apóstoles, estos se quedan dormidos.

¿Y si te pones en el lugar de Jesús? ¿No te parecería, como mínimo, una injusticia terrible que tus amigos ignoraran tu dolor?

Quizá sería buena idea empezar a ser compasivo, es decir, escuchar al otro (pero de verdad), compartir su sufrimiento, darle ese abrazo, esa sonrisa que

necesita. Rezar por él.

Oye, ¿y cuántas veces ignoras tú el dolor que Jesús padeció por ti? ¿No es verdad que también nosotros nos dormimos con demasiada frecuencia ante el inefable misterio de la Pasión, ante un Dios con tanto amor hacia sus criaturas que no duda en hacerse una de ellas para poder elevarlas a su altura?

Seamos realistas: estamos hechos unos egoístas redomados. Bueno, a lo mejor tú no, no lo sé. Yo, me temo que sí.

Aun así, fijate bien: Jesús no se echó atrás. No les dijo que se largaran y que ya buscaría a otros que supieran apoyarle en momentos tan difíciles. Sabiendo que le iban a abandonar en cuanto llegaran los problemas, los mantuvo junto a Él.

Confió la Iglesia a una panda de cobardes que se quedaban dormidos mientras Él oraba.

Esto debería darnos un consuelo y una confianza abrumadoras. Dios sabe bien el material con el que cuenta. Conoce de primera mano nuestras debilidades, nuestros miedos, nuestros egoísmos.

Pero también nos quiere dar la fuerza para seguir adelante, para ser santos, porque sin Él no podemos hacer nada (cf. Jn 15, 5). Somos como niños pequeños que, solos, no consiguen caminar en la dirección correcta, pero que sujetos de la mano de nuestro padre pueden llegar a cualquier parte. De la misma forma, a pesar de toda la basura que somos capaces de acumular en el alma, podemos agarrar la mano de Dios y dejar que guíe nuestros pasos. De la mano de Jesús y de María no es posible que nos perdamos.

## ***¡Levantaos, vamos!***

Tras los ratos de oración de Jesús, en medio de la soledad y la tristeza, con unos discípulos que, a pesar de que su Maestro les había dicho que velasen y orasen, se quedaban dormidos una y otra vez, vemos que Jesús nos da una lección a la hora de hacer frente a las dificultades.

*«¡Levantaos, vamos! Ya está cerca el que me entrega»* (Mt 26, 46).

No le dice a sus apóstoles que se escondan. Él tampoco se oculta. Al contrario, quiere encarar la traición de Judas en pie, cara a cara. Y a sus apóstoles les pide lo mismo.

Está claro que el cristianismo no es para pusilánimes.

*«¡Levantaos, vamos!»*. Se lo dice Cristo a Pedro, Santiago y Juan cuando estaba a punto de ser entregado a una Pasión en la que iba a ser humillado, machacado, destrozado física y psicológicamente. Es el grito que obedecen los mártires al afrontar la muerte con la mirada puesta en Cristo, al afrontar las vejaciones y las torturas por amor al Señor.

Es el grito que nos atraviesa la mente cuando vemos que el mal campa a sus anchas y nadie parece querer hacerle frente. Es el grito que nos despierta del sueño del buenismo, del sueño de los respetos humanos y que nos pide, es más, nos exige que nos pongamos en pie para hacer frente a lo que venga.

Al mundo, al diablo, les encantan los cristianos que se quedan dormidos. Que no dicen ni una palabra

mientras van minando las virtudes, los valores, incluso la inocencia de los niños. Que sonrían, bobalicones, mientras imponen ideologías contrarias ya no solo al cristianismo, sino a la misma verdad. Y luego apoyan a los mismos que las imponen.

Esos son cristianos dormidos. Que han preferido dormir y descansar (cf. Mt 26, 45). Viven un cristianismo sin responsabilidades, sin exigencias. Muy cómodo.

Pero Jesús nos manda que nos levantemos. Que no nos quedemos relajados, sino que perseveremos en nuestra vida cristiana.

Esta frase de Jesús me recuerda al pasaje de poner la otra mejilla (cf. Lc 6, 29), tantas veces malinterpretado como si fuera un pacifismo extremo. No es eso. Se trata de una resistencia en la que se deja claro al que te abofetea que no te vas a doblegar. Podemos verlo en acción cuando llevan a Jesús al Sanedrín y le golpea el guardia. Jesús no se acobarda. No se calla. Tampoco le presenta la otra mejilla. Al contrario, le pide explicaciones y le deja en evidencia (cf. Jn 18, 20-23).

¡Despierta! ¡Levántate! ¡Vamos!

## ***Amigo***

*«Después se acercó a Jesús y le dijo: "¡Salve, Maestro!". Y lo besó. Pero Jesús le contestó: "Amigo, ¿a qué vienes?". Entonces se acercaron a Jesús y le echaron mano y lo prendieron»* (Mt 26, 49-50). Esto no es propiamente parte de la oración en el Huerto, pero creo que es importante fijarse en un detalle. Judas, el traidor, da la señal para indicar a quién hay que prender. Un beso. Es

difícil imaginar la tristeza que sentiría Jesús en ese momento. Aun así, llama a Judas «amigo». No, no lo dice por decir. Jesús no dice nada sin significado, porque sí. Igual que cuando dice «esto es mi cuerpo» no está diciendo que ese pedazo de pan es un símbolo de su cuerpo, sino que realmente lo que Él dice se cumple, cuando llama amigo a Judas le está invitando a volver a su amistad. Jesús es su amigo. Pero Judas no quiere saber nada de Él y el prendimiento se consuma.

Hay veces en las que nos encontramos en situaciones similares. ¿Soy yo Judas? ¿Lo es quien pensaba que era mi amigo? ¿Lo somos un poco ambos? Son preguntas que, quizá, conviene hacerse en momentos de crisis con alguna amistad. Porque, si descubres que quien ha actuado como Judas eres tú, no sería mala idea pedir perdón y restaurar la amistad. Y, si resulta que Judas ha sido el otro, trata de dejar abierta la puerta a esa amistad. Sí, duele. Cuesta mucho. Pero ¿sabes? Es que Jesús también deja en todo momento abierta esa puerta. ¿O es que siempre has sido un gran amigo suyo? Él seguro que sí lo ha sido tuyo. Y, reconócelo, le has traicionado más de una vez. ¿Acaso no te espera, paciente, en el confesionario para renovar vuestra amistad? ¡Y bien que haces en acudir con frecuencia al sacramento de la Penitencia!

## *Contemplación*

Haz silencio en tu interior y en tu exterior. Ponte en la presencia de Dios y pídele que la contemplación que vas a realizar te ayude a amarle más y mejor.

Imagínate junto a Jesús, Pedro, Juan y Santiago. Fíjate en el Señor. En su expresión. Escúchale cuando te dice que su alma está triste hasta la muerte y os pide velar con Él. ¿Cómo suena su voz? ¿Qué sientes al oírle decir eso?

Fíjate en Él mientras reza. Presta atención a sus palabras, a cómo, incluso en la agonía de saber lo que iba a llegar, Jesús está dispuesto a cumplir la voluntad del Padre.

Acércate un poco más. Cae de rodillas junto a Él y observa cómo brota sangre de su piel. Incluso ahora, en el primer momento de su Pasión, esa sangre es por ti. Jesús está dispuesto a beber su cáliz por ti.

Acompáñale cuando se incorpora y se acerca a sus apóstoles. Observa su rostro cuando los ve dormidos. Haz tuya su tristeza y date cuenta de que tú también te duermes a veces. Siente su determinación cuando les dice que se levanten porque ya ha llegado la hora de ser entregado.

Ya llega Judas con los guardias para llevarse al Maestro atado. Mira a Jesús y mira también a Judas. Fíjate bien en sus expresiones al encontrarse. ¿Qué muestra en su rostro Judas cuando Jesús le llama amigo?

Habla con las tres Personas de la Trinidad y con la Virgen. Reflexiona sobre lo contemplado y saca provecho espiritual de ello.